

DEL FANATISMO A LA FE

Hay un personaje en los evangelios muy interesante y muy representativo de lo que ocurre entre nosotros. Es uno de los Doce y se llama Tomás. No es de los nominados pero apenas conocidos. De éste sabemos algunas cosillas. Por ejemplo, que era decidido. Cuando discutían si subir a Jerusalén porque andaban buscando cómo matar a Jesús, él es el que dice “subamos con él y muramos con él”.

Pero también es de los que hacen la vida por su cuenta. No está con los demás cuando, en el atardecer de la Pascua, los discípulos ven al Señor.

Y, sobre todo, sabemos de su terquedad. No se fía de lo que le dicen los otros. En su incredulidad se presenta como un fanático de sus propias convicciones: si no veo con mis ojos, si no toco con mis manos... no creeré.

Por eso pienso que Tomás es un buen paradigma para comprender al hombre actual. Escéptico, terco, individualista, materialista (si no veo, si no toco...).

Pero también es capaz de adorar y caer de rodillas en la mejor confesión de fe y adoración que conocemos: “**Señor mío y Dios mío**”. Ésta se produce espontáneamente cuando se le permite acercarse al misterio sin agresividad. Sólo invitando como el Señor: aquí están mis llagas.

Los hombres modernos a veces nos sentimos tan confusos y perdidos como Tomás. Incapaces de creer para ponernos en pie. Y nos refugiamos en nuestros dogmatismos –de derechas o de izquierdas-, incapaces de diálogo, defendiéndonos del rival con acusaciones de todo tipo.

La desolación resultante de estas actitudes, en el entorno social de entonces y de ahora, es tremenda. El evangelio la describe con dos rasgos: puertas cerradas y miedo. Antes que nada, puertas cerradas y miedo son dos símbolos. Ambos se retroalimentan. El miedo obliga a enclaustrarse más. Y el enclaustramiento en las propias convicciones y dogmas, o simplemente intereses, produce aún más miedo.

El día uno de mayo va a ser beatificado Juan Pablo II, el último papa muerto. Al margen de la opinión que nos produzca tal hecho o incluso si para muchos es algo trivial e insignificante, al menos vale la pena traer a colación una de sus expresiones preferidas y más repetidas, sobre todo al comienzo de su Pontificado. Repetía a todo el mundo, empezando por los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en el Vaticano: “**no tengáis miedo. Abrid la puertas a Cristo**”.

Si hoy nos animáramos a seguir este sencillo consejo, no tener miedo y abrirnos a lo que Cristo significa, podremos experimentar un cambio decisivo. De la terquedad solipsista del que no se fía de nadie, podremos pasar a la confianza básica, que es el cimiento de toda construcción personal.

JOSÉ MARÍA YAGÜE CUADRADO